

1. LA HONRADEZ DE LA EXPERIENCIA. Decir que conocemos mejor a Stevenson como novelista que como ensayista es admitir que hemos de estar dispuestos a dar la bienvenida a un libro como *Moral laica*. La bienvenida, sin embargo, no puede limitarse a un gesto cortés, sino que entraña algo más: mostrarnos hospitalarios con el huésped, cederle una de las mejores habitaciones y entablar con él una conversación cordial. Es preciso, por tanto, escuchar a Stevenson, ya no como narrador, sino como amigo. Todo ensayista cultiva este propósito de simpatía por el que espera ser bien recibido, aun cuando a la postre pueda suscitarse cierta discrepancia de opinión entre el anfitrión y su huésped. El tono, en el ensayo, puede incluso suplir el argumento, y al final podemos sentir deleite aun a pesar de la discrepancia. Tal vez el ensayo sea, con esta perspectiva, la forma más civilizada de la literatura.

En un ensayo sobre el ensayo, Chesterton ya nos advertía del carácter tentativo, seductor, de esta forma de expresión. La libertad de expresión ha buscado (y encontrado) en el ensayo su manifestación más persuasiva. Allí donde conocemos al escritor, aun cuando sus argumentos sean imperfectos desde el punto de vista lógico, se produce la más elemental comunicación a la que aspira el lector común. El ensayo pone a prueba el carácter del escritor o se convierte en la prueba de su carácter. Si es agradecido, el lector no pedirá más. Si es exigente consigo mismo, intentará aplicar esa lección a su propio curso de experiencias, literarias y no literarias. Así se puede entender la paradoja de Chesterton sobre el ensayo, en la que le sirven de ejemplo Stevenson y Hazlitt: “No hay ensayista que me satisfaga más que Stevenson; no hay probablemente un hombre vivo que admire a Stevenson más que yo”. Antes de esto, no obstante, el autor de *El regreso de Don Quijote* mencionaba la “especie de cualidad irracional e indefendible en muchas de las frases más brillantes de los ensayos más bellos”.

Con todo, no creo que Chesterton hubiera hecho objeciones a ninguna de las frases más brillantes de *Moral laica*. Creo, por el contrario, que la lectura de este ensayo habría sido un motivo para que reiterase lo que había dicho en su propio ensayo sobre Stevenson: que, una vez amortiguada la religión, la tradición presbiteriana mostraba su permanencia en la teología y, más allá de la teología, en la lógica: “Por decirlo brevemente, siendo teológicos, habían por lo menos aprendido a ser lógicos, y al suprimir el prefijo griego como algo superfluo, siguen suscitando la simpatía de muchos modernos mucho menos lógicos que ellos. La influencia de toda esta suerte de claridad en Stevenson es muy clara”. Así, *Moral laica* nos llevaría a redondear la tesis de Chesterton sobre el ensayo, o a apreciar la combinación de las cualidades citadas —la simpática del ensayo y la lógica de la teología— sobre la imaginación de un escritor.

Todo buen escritor debe valorar las palabras por su sentido antes que por su uso. Si nos fiamos sólo del uso, olvidamos o traicionamos su valor inicial. Así, la “moral laica” de Stevenson parece, a primera vista, un ensayo por el que se invita a prescindir de la religión para orientar la conducta; pero el resultado de la lectura es precisamente lo contrario de esta suposición: devolver a la religión cristiana el espíritu del que ha sido privada, otorgar a los argumentos de la fe, con una base en la moralidad natural de las

¹ A propósito de ROBERT LOUIS STEVENSON, *Moral laica*, traducción de Miguel Ángel Bernat, Acuarela Libros, Madrid, 2002, 71 pp.

personas, la fuerza que le ha sustraído la inercia del hábito. Moral laica no se opone, en Stevenson, a moral religiosa, sino a moral mundana, en el sentido en que el mundo dicta reglas de conducta que, bajo la apariencia de la libertad, oculta los peores vicios — pecados, corregiría Chesterton— de la naturaleza humana. Resultará curioso para el lector el modo en que ciertos tópicos del puritanismo (como la insuficiencia del pacto de obras o la depravación original del hombre) son evocados por Stevenson desde el punto de vista del sentido común. La idea del mundo como tentación y la tergiversación de la moral puritana nos recuerdan una de las *Cartas de un diablo a su sobrino*, de C. S. Lewis: “En los modernos escritos cristianos veo pocas de las viejas advertencias sobre las Vanidades Humanas, la Elección de Amigos y el Valor del Tiempo. Todo eso lo calificaría tu paciente [el hombre tentado por el diablo], probablemente, de ‘puritanismo’. ¿Puedo señalar, de paso, que el valor que hemos dado a esa palabra es uno de los triunfos verdaderamente sólidos de los últimos cien años?”. La conclusión de Stevenson no está marcada por doctrina alguna, sino por la mera exigencia ética de la razón. Su ensayo, en consecuencia, no ofrece lecciones, sino ejemplos (como el del joven que disfrutó de “las ventajas de la educación”); no pide aplicación, sino emulación.

El punto de partida de Stevenson es el “problema de la educación”; el punto final del ensayo (si lo tuviera, ya que está interrumpido) sería que resulta preferible obrar por convicción antes que por responsabilidad. Sólo podemos ser dueños de la hora presente; las consecuencias futuras de toda acción escapan a nuestro poder. El futuro, como diría Escrutopo, el diablo de Lewis, es el reino del pecado. El pecado está ya en la intención; la virtud, en el obrar. Stevenson escribe: “El beneficio de toda acción debería ser éste, que hacerla fue justo”. El hombre virtuoso (o el hombre cuando es virtuoso) no mira más allá de la justificación de su conciencia por haber obrado como lo ha hecho. La ocasión para la virtud, para el “sentido de la justicia”, sin embargo, no es casual, sino característica, y pretende ir más allá de la hora presente, como una “permanencia que soporta las vicisitudes de la pasión”. La “eternidad” de la que ha hablado Lewis en las *Cartas del diablo a su sobrino* podría servir para ilustrar la aspiración intermitente a lo justo, que es, según Stevenson, la definición más adecuada del hombre. Al distinguir los “poderes tributarios, pero independientes”, que hay en el hombre, la moral laica de Stevenson habría de seguir la misma dirección que el mero cristianismo de Lewis.

Stevenson parece haber advertido, desde Samoa, el riesgo que entrañaba una confianza ciega en la moralidad de la vida civilizada. La confianza no prohíbe abrir los ojos en todo momento. Cuando se dirige a sus contemporáneos, el autor les recuerda que no podían considerarse discípulos de Cristo, sino de Franklin. Esto, no obstante, no era un reproche a Franklin, sino a sus contemporáneos, en la medida en que no fueran capaces de buscar la educación por sí mismos y convertirse en “embajadores de Dios” o “letras” de su alfabeto. Por su naturaleza, el hombre no puede conformarse con las lecciones aprendidas, sino que debe aprender y tratar de enseñar el “dialecto del alma”. No hay que olvidar el comentario que hizo Henry Adams cuando conoció a Stevenson en las remotas islas de los mares del sur: “En él desborda la educación”. Por lo que decía Adams, sabemos que la educación o actitud de Stevenson se ha prodigado tanto en su conducta o conversación como en sus obras. Así, el vínculo de la literatura con la ética quedaría resumido en la petición de Stevenson de que el hombre de letras fuera un “libro viviente”. Esta petición sería coherente con la elucidación de una moral laica, no sometida a otras obligaciones que las que el espíritu está dispuesto a asumir por sí mismo.

Las obligaciones del espíritu, sin embargo, no serán una carga insoportable a menos que seamos incapaces de mirar más allá de la propia conciencia. La buena

conciencia no quiere ser examinada, sino usada. En el olvido de sí mismo, en los trabajos libremente asumidos, aun en las aficiones, estaría presente esa especie de alegría que reconforta al hombre que se atreve a buscar la salvación en la reconciliación, no en la renuncia. Las historias de Stevenson, sus novelas, serían la demostración de que esta reconciliación era posible, de que el gozo o la alegría podían tener su lugar en la búsqueda de la educación —al modo de Henry Adams— más allá de todo fracaso. Si la experiencia nos ha enseñado cosas, la lección que hayamos extraído no podrá sobreponerse a ella. La experiencia, honradamente descrita, incluía en Stevenson el jovial “regreso a la infancia”, al país de Skelt, como recuerda Chesterton: “El brusco regreso a la sencillez, como expresión de una ardiente sed de felicidad, es el único hecho que se repite en toda la historia, y ahí está la importancia del lugar que ocupa Stevenson en la historia de la literatura”. “Alegría” e “infancia” serían también conceptos centrales en la literatura de Lewis, en quien la “pasión por lo nórdico”, por lo que cuenta en *Cautivado por la alegría*, ocuparía un lugar paralelo al “país de Skelt”. En estos autores y libros hay, a mi juicio, una misma reconvención al lector que ha descuidado o postergado el fruto de su experiencia literaria. La paradoja de Chesterton, la educación de Stevenson o la conversión de Lewis tienen, a mi juicio, el común denominador de haber despertado el “espíritu matinal” por el que somos capaces de volver a los libros con la devoción de la infancia.

2. LA MORAL LAICA DE STEVENSON. Conocemos bien a Stevenson como narrador, como autor de *La isla del tesoro* o *Secuestrado*, pero no tan bien como ensayista, como autor de *Virginibus puerisque* o *Moral laica*. La lectura de este ensayo puede ayudarnos a completar la imagen que tenemos de él. Toda fábula tiene una moraleja y, aunque en la literatura de Stevenson, como en la de Kipling o James, sea difícil o infructuoso señalar moraleja alguna, las apreciaciones de estos autores sobre la moral no están exentas de interés. Por el contrario, la falta de moraleja en la imaginación literaria puede ser el mejor acicate para buscar en otras páginas (no menos literarias) la escritura equivalente a un “sermón de Navidad” o incluso una respuesta al “problema de la educación”. Es cierto que el lector que busca el tesoro de la imaginación está poco dispuesto a escuchar nada respecto a este tipo de cuestiones. Creo que gran parte del interés de este ensayo de Stevenson puede estar en la curiosidad de saber qué tiene que decir sobre la moral laica el inventor de los caracteres de Long John Silver y el capitán Smollet.

El veredicto sobre *Moral laica*, sin embargo, vuelve a ser dudoso, porque el autor se ha mostrado escrupulosamente fiel al punto de vista elegido para estudiar el asunto de la “educación”. Stevenson da por supuestas ciertas creencias sobre los valores en que se funda la educación y luego las pone a prueba. Su postura se resume en la protesta por una comprensión habitual de la Biblia: “La familiaridad tiene un astuto desencanto”. La crítica sigue la estela de las costumbres de la época. Podríamos decir que los tiempos han cambiado, pero también que el lector será capaz de traducir a los términos de su época cada una de las observaciones de Stevenson; más aún, será capaz de traducirlas a los términos de su propia conciencia, e incluso de situar la conciencia del hombre al margen de toda época. El punto de partida de estas páginas es el de un libre examen de las convicciones. Stevenson empieza por admitirlo casi todo y acaba por no respetar casi nada. Lo que queda es una actitud, el almacén de la mente, *a frame of mind*. Su ensayo es un ejemplo, no una lección; invita a la emulación, no a la aplicación. De hecho, cuando estudia la moral, el escritor se ve obligado a descomponer la sustancia con la que trabaja su imaginación. Ésta es una primera conclusión del lector de *Moral laica*.

El texto empieza de manera brusca y al final está interrumpido. Por la edición, no sabemos que haya constituido un ensayo completo de Stevenson. Por el contenido, esta apreciación cobra mayor fuerza. Leemos *Moral laica* como si sus páginas hubieran sido sustraídas del escritorio del autor y presentadas antes de su redacción definitiva. Tal vez Stevenson no hubiera aprobado este proceder. Es uno de los escritores más esmerados que conocemos. Chesterton ha cualificado su virtud de estilista. Como lectores de su obra, de las novelas y la poesía de Stevenson, sin embargo, sólo nos sentimos agradecidos. Agradecemos, por usar sus símiles, cada destello del faro, cada parpadeo de la estrella. *Moral laica* incluye observaciones parciales sobre la responsabilidad de la paternidad, sobre la ética de Cristo y de Franklin, sobre la extensión de los preceptos y la naturaleza del hombre. Puede que no tenga otro mérito que el de una serie de reflexiones encadenadas sobre asuntos de cierta importancia. No obstante, tales reflexiones, tomadas en conjunto, proyectan una potente luz sobre la generosidad de las intenciones del escritor. ¿En qué radican tales intenciones? La pregunta a la que quieren responder estas páginas se refiere al valor que estamos dispuestos a conceder a las preguntas que nos plantea a su vez la conducta de la vida. La experiencia, sin embargo, no respeta la semejanza de los casos (en palabras de Wilde, no tiene valor ético alguno), ni siquiera la aproximación de la letra de la ley a un caso particular. La letra, como dice el autor, está muerta, cuando no mata. Thomas Hardy escribió una oscura y maravillosa novela sobre este tema. Hay que descubrir el espíritu tras ella (después de la lectura). Pero el descubrimiento no es constante, sino intermitente, y sólo una disposición vigilante, por decirlo al modo de Bunyan, nos permitirá obrar a la intermitente luz del espíritu.

La sombra de los actos de un hombre es variable, pero el carácter de un hombre, o de un maestro (o de un amigo), es firme o constante, y los jirones de honor o nobleza son un símbolo de aquello que merecería ser considerado constante en la naturaleza humana. Éstos son los extremos de la moral laica: la variedad de la experiencia y la unidad del carácter. Las pruebas del honor o de la verdadera amistad son las que nos hacen suspirar: ¡"¡Si fuéramos siempre así!". Pero el hombre, como animal simbólico o espiritual, es fiel a su naturaleza, que no es sólo espiritual. Pagamos el tributo justo a la materia y ello nos permite dar por supuestos los derechos del espíritu. Sin aquel precio, estos no tendrían valor. Nadie querría ser salvado gratuitamente o consideraría justa una salvación gratuita. A la firmeza o constancia del hombre, Stevenson la llama "sentido de lo justo". La experiencia común nos obliga, en efecto, a elegir a las mejores personas según la percepción de este sentido. La amistad se funda en la moral laica.

Nos hemos acomodado a las circunstancias de la vida, nos recuerda Stevenson, pero el espíritu no busca comodidad, sino certeza o justicia. (¿Acaso no se ha hablado de una ética de la incomodidad?) La conciencia es la única que puede arrancarnos de la ensoñación de la materia o del espíritu. Ninguna de nuestras obras nos justifica; en conciencia, hemos de esperar más de nosotros que nada de cuanto hayamos hecho. Lo hecho queda como letra muerta; el espíritu vivo (o la vida del espíritu) ha de ser descubierto, traducido con grandes esfuerzos de expresión. Sólo por la expresión se produce la transformación de la vida. El hombre de letras, dice Stevenson, habrá de convertirse en un "libro viviente". ¿Cuál es el alcance de esta afirmación? La médula de este libro, de estos apuntes sobre la moral laica, está en la necesidad de responder a tal pregunta si no nos resignamos a olvidar el "dialecto del alma".

El "dialecto del alma", el problema de "expresar" o el "alfabeto de Dios" son palabras de Stevenson en las que habremos de fijarnos. El autor parece recordarnos que nadie tiene un acceso directo a su espíritu o sus pensamientos. No obstante, estos son lo más valioso que poseemos en comparación con los medios con los que contamos para

transmitirlos. Los medios, sin embargo, han de ser administrados con cuidado. A un escritor, en especial, al trabajador con las palabras, es a quien puede exigírsele en mayor medida que cumpla con esta responsabilidad respecto a la sustancia del pensamiento. La palabra es un vínculo que mantiene la circulación del espíritu. Queremos conocer su pulso, no su química. La moral laica reposa sobre esta presunción casi mecánica: desde que damos importancia al lenguaje, estamos obligados a mucho más que a conocer el uso de las palabras; estamos obligados a conocer su alcance, a seguirles la pista (a seguir “pistas magnánimas”). Ser sensible al lenguaje es ser sensible al pensamiento y a las posibilidades de expresión (o a la libertad de expresión) con las que contamos. Ésta parece otra conclusión de la lectura de *Moral laica*. Desprendido de toda supuesta fe, el hombre sigue actuando por fe. Al margen de la verdad de la religión, el ser humano no deja de ser moral; tal vez empieza a serlo en el sentido en que sólo importa al hombre de letras, cuya materia prima no es extraña a quien es capaz de hablar, leer o escribir. La palabra resulta, antes que un símbolo, un indicio del espíritu. Con esta premisa indaga Stevenson (y nos invita a indagar) el origen de la moral laica. Tal vez no sea desafortunada la interrupción del texto.